

Restrepo es muy efectivo al establecer las implicaciones inmediatas del hecho: "La tragedia de Armero no terminó con la avalancha de lodo. La catástrofe ha dejado al descubierto que una burocracia molondra y sin corazón resulta más cruel y devastadora que el fenómeno natural". Y así su obra se propone como pequeño apólogo ante una amenaza que persiste: "Los libros son como botellas de naufragos con mensajes que se lanzan al mar de los años con la ilusión de que allá lejos, dentro de un siglo o más, alguien las recogerá. . .", dice bella (¿y mesiánicamente?).



Después de esta lección de periodismo ágil y contundente, buscar reparos de orden formal resulta un poco chocante. Con todo, la obra suscita algunos que tal vez no importen al lector ni al preceptista periodístico ni al propio autor. Nadie tiene, además, derecho a pedir a éste lo que no se proponía: rigor narrativo a todo trance, cualidad que no exige el periodismo ortodoxo. Ni Restrepo es un *enfant terrible* de la prensa colombiana. Terminemos, pues, con una pregunta retórica: ¿Qué debe prevalecer en el relato periodístico: la precisión documental o la calidad expositiva de la anécdota? ¿Qué destrezas debe desplegar el periodista: la investigativa o la del arte del relato? . . . Desde luego que ambas serían deseables. Pero ocurre que el desbalance entre una y otra es la nota común (¿el defecto constante?) en el manejo del género.

Restrepo no carece de dotes en el campo narrativo. Cada episodio ha sido tratado con esmero, con justa ubicación espaciotemporal, sin dejar cabos sueltos, con cierta búsqueda instintiva de la puesta en escena, con su cierre o con su incógnita o con sus puntos suspensivos para reasumirlo más tarde; y, en conjunto, todos los segmentos ensamblados dentro de

una comprensible ordenación lógico-cronológica. Pero todo ello con gran timidez. La anécdota tiene para él una justificación y una finalidad ilustrativas o, como enseñan las preceptivas, una función puramente decorativa. La anécdota aquí no es potencia narrativa. ("El periodista no es ningún poeta. Su deber es describir, conquistar, convencer. El lenguaje y la forma están subordinados a ello", advierte Emil Dovifat en su cátedra de redacción).

En aras del peso testimonial o del documento histórico se ha preferido la exhaustividad del dato, y el efecto acumulativo y el uso ejemplarizante de la anécdota. Se ha abandonado así la posibilidad de construir un fresco quizá sin el vigor defoeiano (guardadas sean las distancias, Daniel Defoe, el primer periodista-narrador, enfrentó con pluma maestra la devastación de otro pueblo: el Londres de 1665, consumido por una epidemia de peste bubónica; cfr. *El año de la peste*), pero sí tal vez con el encanto primitivista del fraile Pedro Simón, que así contaba en 1595 otro nefasto deshielo del nevado del Ruiz: "No cesó de llover desta ceniza toda la noche de suerte que a la mañana estaba la tierra cubierta de más de una cuarta de piedra pómez y ceniza [. . .] Los ríos y quebradas corrían espesos, de suerte que los peces huían de una parte y otra sin saber a dónde y muchos de ellos saltaban a tierra buscando socorro contra el raudal de ceniza [. . .]".

RAUL JOSE DIAZ

Tareas inconclusas

El culebrero

Jorge Villegas

Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, Procultura, 1986, 101 págs.

Bajo los auspicios de la Presidencia de la República, Procultura publica una serie de textos sobre diversos temas que van de la literatura a la

antropología, y esta colección ostenta el maleable título de Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura. *El culebrero* es de los más recientes y no se ajusta, por fortuna, a los clisés y fórmulas rituales de ninguna de estas disciplinas. Sin embargo, quizás producto de la incertidumbre editorial que significa un nuevo mandato, acaso de la premura por competir con otras colecciones similares que ahora proliferan, *El culebrero* despierta la sospecha de no ser más que un volumen de paso, otra de esas selecciones fraguadas por la prisa. Cosa común en todos los muestrarios, en los cuales, para encontrar un punto de equilibrio entre divulgación y mercadeo, se recurre a la táctica de ofrecer un dulce por cada cuatro platos fuertes.

Es difícil hacer de esto un reproche, si ya en la introducción se nos previene: "Hay otras posibilidades que son susceptibles de un trabajo posterior. No debe olvidarse que la investigación en su totalidad abarca más de setecientas páginas de transcripción y material fotográfico". Más que una esperanza, esto es una disculpa. La investigación a que se alude fue efectuada por Jorge Villegas (1932-1977), quien a la hora de morir no había terminado de organizar el material recopilado mediante el método de grabar exhaustivas entrevistas con un voluble personaje, Francisco Correa, culebrero de oficio. Villegas alcanzó a desbrozar y transcribir "al lenguaje plástico" parte, no se nos dice cuánto, del testimonio oral del culebrero; y el libro casi todo consiste en proveer unos cuantos ejemplos de este trabajo de extraer y pulir, realizado con honradez digna de encomio. En la parte final hay una muestra de lo que se quedó en "su estado bruto". El material fotográfico brilla por su ausencia.

Recalcar que gran parte de la labor de Villegas queda por fuera ayuda a que la selección parezca exigua y arbitraria. Leer el libro lo demuestra. Con atractivos encabezamientos (Las Oraciones de Venta; Los Monstruos; La Salud, la Enfermedad y la Muerte), se supone, porque es de rigor, que ilustra, por una parte, el método investigativo y las aptitudes de Villegas para tratar el material; por otra, la vida y artes de Correa y su papel

social; y, cómo no, en general nuestras raíces culturales. Pero *El culebrero* no daría para tanto. Contiene apenas tres oraciones profesionales con las que el hombre promocionaba sus productos, luego algunos detalles biográficos, como es de esperarse, inteligentemente incoherentes, comenzando por sus primeros oficios en Medellín, para dar marcha atrás y registrar una penosa infancia, retomar el tema de sus rebusques en la ciudad, intercalar una pequeña anécdota sobre "los monstruos" (anomalías de la naturaleza que Correa exhibía por negocio), dispersarse al final con algo sobre sus vagabundeos y un empleo que tuvo en un hospital del Valle, y rematar con un diálogo vacío y reticente sobre un fallido intento de suicidio.

El especialista que busque lo que en las jergas del momento (no sólo el culebrero tiene sus oraciones) se denomina "andamiaje teórico" y "aproximaciones interpretativas", quedará un tanto desencantado con la publicación, aunque los más peritos sabrán suplirlos prontamente. Y el lector común, el que se arrimaría al corrillo del culebrero con la intención de escuchar sus conjuros y someterse al misterioso insulto de la serpiente, guardará la impresión de que la policía dispersó la rueda cuando ya se seguía lo mejor. No hay más remedio que esperar a que se edite en otra colección el trabajo completo. Por algo guardarían las fotografías.

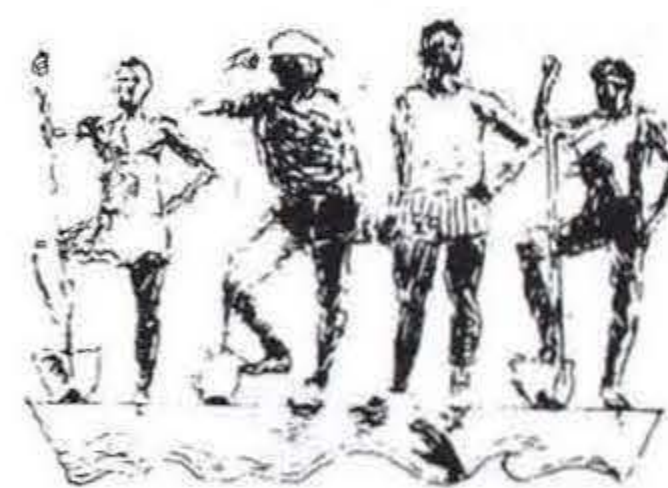
Pero esto tiene una ventaja, y es que el libro se ve aligerado de los excesos que suelen asfixiar este tipo de trabajos, la mencionada jerga, las interpolaciones, apostillas y demás ornamentos de la autoridad, que aquí tendrían un relieve exagerado debido a lo modesto de la publicación. Esto es decir que *El culebrero* más que nada es legible. Las transcripciones realizadas por Villegas, en las que se limita a apartar estorbos, de verdad hacen literario el recuento oral; y hasta el momento nadie más ha metido la mano. A esto se suma la edición, en un formato amplio, tipos grandes y cómodos y sin los amasijos de líneas y de párrafos que se supone dan "densidad" a los escritos de las ciencias investigativas.

Es una lástima, por tanto, que se nos deje empezados. Las tres primeras oraciones se van como si las oyéramos. Lo que alcanzamos a leer sobre la vida del culebrero sirve para tentar todos los gustos: "Por ahí en Guayaquil me levanté una viejita que tenía como ochenta años. Ella doblaba tabaco y yo vendía periódicos. Me daba la dormida y cuando yo llegaba por la noche ella no sabía dónde ponerme de la felicidad. Me preparaba comida y descolgaba dos sillas mecedoras que mantenía con unas cuerdas en el techo de la pieza para sentarnos y mecernos" (pág. 65). El erudito y el fisgón querrán saber en qué para esta historia; y esto habla en favor de Villegas más que cualquier "marco estructural".

En cuanto al tema, siempre será atractivo; quizás porque despierta algo tan parecido a los remordimientos. De ahí que se hable de "reivindicaciones de la cultura popular". Francisco Correa era un campesino. No conocía una ciudad y acaso no había escuchado sus elogios. Del Medellín bulloso de los 30, del ajetreo comercial de una ciudad que ostenta su progreso, entre las espantosas maravillas, porque así le parecen, que son el tráfico, el cine, el calzado, lo que más lo impresiona es el espectáculo de un "propagandista": "En la plaza de Guayaquil vi un culebrero, vestido con pieles raras, que tenía enrollada una culebra y hablaba en voz alta, mientras toda la gente lo miraba asombrada. . . Me gustó tanto que juré que algún día sería culebrero" (pág. 55). Se dice en el prólogo que "somos nosotros mismos los protagonistas de este oficio de culebreros [. . .], es la suma de esfuerzos del indígena que llevamos por dentro por expresarse". Lo primero sería indiscutible, pero es posible otra versión de lo segundo. ¿No sería Correa más bien el campesino occidental que descubre, paradójicamente, el nuevo mundo en la ciudad que su cultura ha traído consigo? Su vocación es otra de las caras, vistas así las cosas, de nuestro secular e infructuoso esfuerzo por ser americanos, por ser precisamente esos indígenas que quedaron por fuera. Y es tal vez la forma más sincera, pues no oculta el hecho de

que usurpamos la tierra del milagro. Un deber íntimo, el de "coger pal monte", encontrar El Dorado, la tradición que dice que de una vez deberíamos presentarnos como falsos chamanes, reclama una exposición completa de este último trabajo de Villegas. Siempre es bueno saber qué no estamos haciendo.

CARLOS JOSE RESTREPO



Sobre Gorgona

El redescubrimiento de Gorgona
Isla de Gorgona

Henry von Pahl y Michael Alberico (editores)
Biblioteca Banco Popular
Textos Universitarios
Bogotá, 1986, 252 págs.

Esta importante contribución al conocimiento de la Isla de Gorgona en el Pacífico colombiano se suma a la anterior, cuyo autor principal es a su vez el primer autor de este volumen¹. La obra está dividida en once capítulos a cargo de autores adscritos al cuerpo docente de la Universidad del Valle.

El primer capítulo se titula *Historia de Gorgona* (E. Torres) y cubre de la página 7 a la 18. En este artículo se hace un corto recuento del descubrimiento y uso de esta isla por los conquistadores europeos y sus herederos, basado en numerosas referencias bibliográficas. Es de lamentar que la literatura se presente en un estilo diferente al de los otros capítulos, pues aparece numerada por orden de citación y que casi la mitad de las

¹ Pahl, H. von et al., *Gorgona*, Universidad de los Andes, Bogotá, 279 Págs., 1979